



21 de septiembre de 1879

EL TRABAJO

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Habéis escuchado tantas palabras sagradas últimamente sobre la vida religiosa, que hoy quiero tomar como tema de nuestro encuentro lo que nos atañe, el trabajo.

El trabajo es uno de los grandes medios de santificación de la vida religiosa. En el Evangelio, nuestro Señor propone la adquisición del reino de los cielos, siempre en forma de trabajo. Conocéis esta parábola a la que tengo gran devoción, la del padre de familia que llama a los trabajadores a su viña, que los llama a la primera, a la tercera, a la novena, aun a la hora undécima. Los llama, pero para trabajar. Trabajando en la viña ganan la recompensa que el amo se digna dar igual al obrero de la última hora como al de la primera

Conocéis también esta otra palabra del Evangelio: *Mientras tenéis esta luz, caminad para que no os sorprendan las tinieblas*¹. Finalmente habéis notado como yo que en varias parábolas, nuestro Señor habla del alma que quiere ganar el reino de los cielos como la de un siervo bueno y fiel. Es el siervo que el Maestro encuentra velando y trabajando. Es el siervo bueno y fiel que está atento a hacer todos los deseos del Maestro, que trabaja para él con ardor, que, habiendo recibido un cierto número de talentos, debe ganar otros².

El pensamiento que puede venir a la mente es que este trabajo de la vida, ese trabajo fiel que nuestro Señor representa por los talentos ganados es el trabajo que cada uno hace en su alma. Si, pero no es todo. En las Órdenes religiosas dedicadas más particularmente a la contemplación, que no tienen ninguna obra externa, se aprecia mucho el trabajo manual. En La Trapa, en el Carmelo, se encuentra la manera de tener trabajo en la casa y distribuirlo entre todos los miembros, para que el trabajo que se hace en el alma esté acompañado por el trabajo material y externo.

Desde el principio, Dios puso al hombre en el paraíso terrenal *para cultivarlo y conservarlo*³, incluso en el estado de inocencia. Era un trabajo agradable, en un jardín que daba toda clase de flores y frutos, donde todo sucedía como espontáneamente. El cultivo era sólo uno de esos trabajos que ocupan el ocio, sin dar problemas. Recogemos

¹. Jn 12, 35 y 9, 4.

². Cf. Lc 12, 37 y 43.

³. Gn 2, 15.

los frutos, cuidamos las flores: es el cultivo agradable del dueño lo que aumenta la belleza de un bonito jardín.

Pero este no es el estado en el que nos hemos quedado. el hombre fue desterrado del paraíso terrenal, y Dios le impuso el trabajo como penitencia. Le dijo expresamente: *Comerás tu pan con el sudor de tu frente*⁴. Es una penitencia que forma parte de la vida del hombre. No sé cómo sería una vida, que, ofreciendo a Dios buenos sentimientos, buenos pensamientos, no presentara ningún trabajo. No es lo que Dios quiere. Dios quiere que le presentemos el trabajo de un siervo bueno y fiel, junto con el trabajo hecho en el alma por los buenos pensamientos, por los buenos sentimientos, trabajo de perfección por el cual nos esforzamos por hacer todas las cosas más santamente.

Pero ¿cómo trabajar? Para nosotras, religiosas, diré a continuación que es haciendo el trabajo que la divina Providencia nos envía. Comprenderéis que si, por espíritu propio, por vuestra propia voluntad, elegimos nuestro trabajo, ya no estaríamos en el orden de la penitencia y de la misión dada por el padre de familia, cuando llama a los trabajadores a su viña. Si los trabajadores hubieran dicho: "Tú me contratas par tu viña; pero me gustaría vendimiar..." "Yo quiero podar las vides..." "Yo quiero hacer zanjas", todo habría sido invertido en la viña. Todos tenían que hacer el trabajo que les daban según las estaciones, el tiempo, las intenciones del padre de familia.

Hay un hecho que me golpea profundamente, y os lo digo como lo veo. Incluso en religión, con la obediencia, puede suceder, hasta cierto punto, que una hermana se diga a sí misma: "Este trabajo me vendría mejor, seguro que lo haré bien." Como las superiores están dispuestas a emplear a cada una de acuerdo con sus habilidades, puede ser que la crean.

Pero a menudo noté, primero, que las cosas no van mejor. En segundo lugar, que cuando hay elección, influencia personal, hay una disminución de la gracia en el alma. Alguna vez me he preguntado por qué, en esta alma, se producía como un enfriamiento de la gracia del Espíritu Santo. Terminé encontrando que había una falta de humildad, de obediencia, algo que no chocaba mucho a los ojos de los hombres, pero que era suficiente para ahuyentar a esta divina paloma que es el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es muy delicado, sólo desciende al alma cuando ve en ella las disposiciones que quiere encontrar allí. Cuando el alma disminuye una de estas disposiciones, cuando vuelve algo a la soberbia, a la voluntad, a la naturaleza, la gracia, la unción del Espíritu Santo, la vida interior disminuye. Como no hay tesoro más grande que la paz, como la paz que Jesucristo prometió consiste en llevar el Espíritu Santo dentro de sí, lo digo tanto para vuestras superiores como para vosotras, no tenéis otra opción, estad dispuestas a aceptar un trabajo difícil, doloroso, aburrido - hay cosas muy aburridas en nuestra vida – para tomarlo de las manos de la divina Providencia.

Me ha edificado mucho estos días una palabra del obispo d'Hulst. Me decía que su vida estaba devorada. "Lo que me ocupa", agregó, "es una visita, una información, un detalle administrativo, una carta que escribir, una respuesta que dar". Como le decía que debía ser bastante doloroso, me respondió: "Cuando es la forma diaria del deber, es suficiente.»

Hay que añadir algo. Como este trabajo se impone como penitencia, nos debe producir dolor. Todas lo tenemos de una manera u otra; porque este trabajo debe hacerse con el sudor de nuestra frente. El trabajo de la cocina es un trabajo duro. Limpiar

⁴ . Gn 3, 19.

una habitación molesta. Notad que cuando una persona no se molesta, su trabajo siempre está mal hecho. Tenéis que daros la pena, tratar de trabajar lo mejor posible, ya que lo hacemos por Dios. Es la forma cotidiana del deber, ya que es el precepto muy explícito de Dios desde el principio del mundo, y la intención muy expresa de nuestro Señor en el Evangelio. Él nos debe encontrar siervos buenos y fieles.

En el trabajo de la enseñanza, si no nos tomamos la molestia, no llegamos. Hay que esforzarse para aprender, para preparar sus lecciones. Hay que esmerarse para darlas bien, para tener el inmenso deseo de hacer el bien, de vigilar bien. También hay que tener cuidado para detener todos los movimientos de la naturaleza. Haces tu trabajo con impaciencia, es la naturaleza. Nosotras lo hacemos con disipación, nos divertimos, charlamos, no es sobrenatural, esto no es trabajar. Hacerlo con amabilidad, dedicación, paciencia, caridad, aplicación del espíritu, se convierte en un trabajo de un mayor mérito y con mayor dolor que muchos otros.

Esta es la obra apostólica de la que se nos habló durante el retiro, por el cual uno se gasta sin elección, con generosidad. Es un trabajo muy valioso. Este es en el que vamos a entrar. Tratemos de preparar nuestras almas para hacerlo con seriedad, por Jesucristo, y para comprender bien que es necesario trabajar en el rincón de la viña, en el lugar donde Dios nos quiere, y no llevar nuestros deseos a otra parte. No digo esto por alguna de vosotras. No creo que lo hagáis. Pero a veces tenemos la tentación de decirnos a nosotras mismas: “¡Oh! ¡si fuera contemplativa! Si fueras contemplativa, con dos horas de oración por día – este es el tiempo que las carmelitas dan a la oración – tendríais después un trabajo que no sería mejor, hornear el pan, lavar la ropa, por ejemplo. Comprendes, hermana, que con la contemplación o la vida activa, se debe trabajar siempre.

Por tanto, tomemos nuestro trabajo de las manos de Dios, tal como nos lo presenta, de buen grado, con buen corazón, con buena voluntad. Todavía tendremos que aceptar las contradicciones que nos vendrán en este trabajo. Son parte de la penitencia que Dios quiere de nosotras. Santa Juana de Chantal dice que las mujeres del mundo son dejadas en el trabajo, pero que las religiosas deben trabajar como los pobres.

Para las que están en la educación, tienen suficiente trabajo y bastantes problemas si lo hacen bien. Estas son las zanjas que se harán en la vid, las piedras que se tienen que quitar, y no es poco trabajo. Pero hay trabajos mucho menos precisos. La enfermera, por ejemplo, tiene momentos en que no está ocupada. Asimismo, una persona que, después de una enfermedad, se está recuperando, debe buscar lo que puede hacer para trabajar, no de este trabajo del paraíso terrenal, sino del trabajo de este pobre mundo donde hay que esforzarse y tratar de hacer algo, dentro de los límites de sus fuerzas, al servicio de Dios y por el bien de la comunidad.

Que cada una de vosotras mire estas cosas. Creo que esto os ayudará a mantener las resoluciones del retiro. Una persona muy ocupada no habla mucho; una persona que no tiene nada que hacer está más expuesta a decir una palabra inútil, a dejarse llevar por la disipación, a perder algo de su alma así como de su tiempo.

Por el contrario, una hermana ocupada en el internado, que se retira a su celda para preparar sus lecciones, que va de su celda a la clase para darlas bien, que va a la capilla a las horas que puede, que a veces incluso descansa en su celda - porque no niego que hagan falta tiempos de descanso - pero todo ello de forma reglada, silenciosa, ordenada, esta hermana vive fácilmente en la presencia de Dios.

Una persona que vigila el dormitorio y que acostumbra a las niñas al silencio por su propio silencio - hay una cierta manera de pedir silencio, de bajar la voz, que hace que las niñas se callen – se acostará y se levantará mucho más piadosamente que otra a quien se oye siempre y que, con las mejores intenciones del mundo, hace más que ruido que las niñas.

De todos modos, esta solicitud de hacer bien lo que hacemos une a Dios y ayuda a guardar los propósitos de regularidad, de caridad, de paciencia, en fin, de todos los que hicisteis durante el retiro y que son propios de cada una de vosotras.